

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

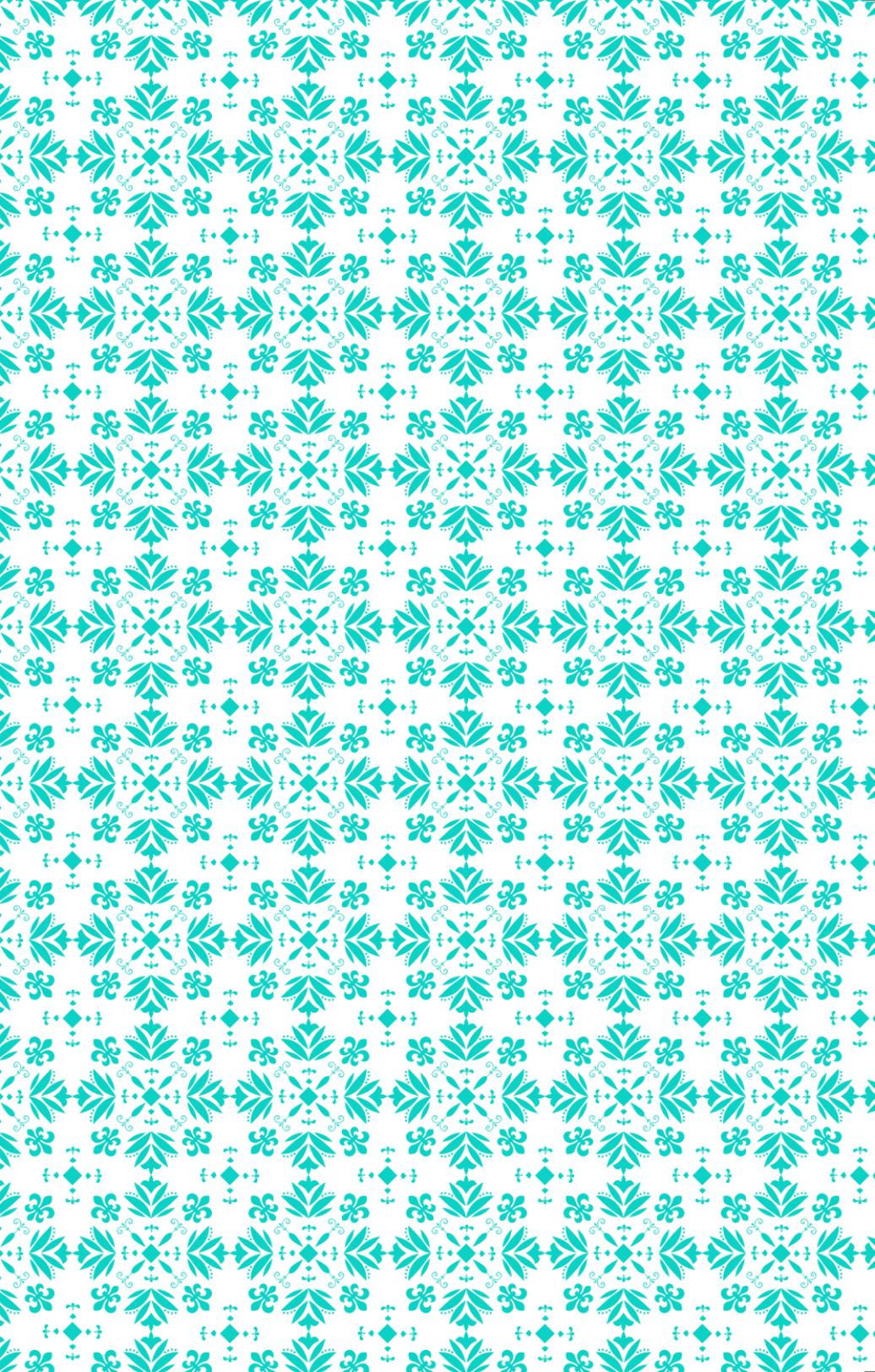
Manuel José Othón

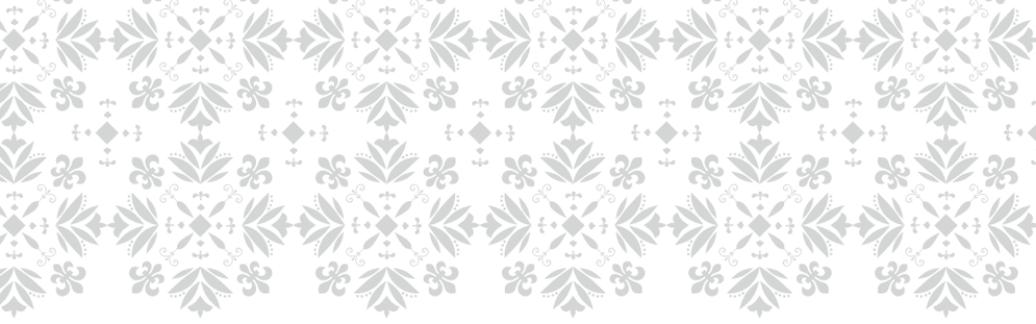
Poesía selecta

Selección y prólogo de Armando Adame



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



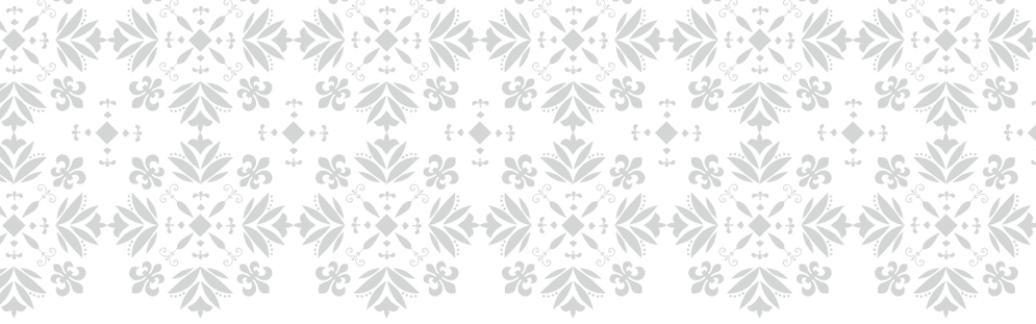


Manuel
José
Othón



Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Manuel José Othón

Poesía selecta

Selección y prólogo de Armando Adame



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Comité Editorial

Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred

Autor

Manuel José Othón

Selección y prólogo

José Armando Adame Domínguez

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2018

ISBN 978-607-547-062-7

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México

Made in Mexico

Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

-
- 9** **Prólogo**
- 15** **Voz interna**
- 17** **Nostálgica**
- 20** **El himno de los bosques**
- 31** **Angelus domini**
- 36** **Noche rústica de Walpurgis**
- 52** **Poema de vida**
- 59** **Salmo del fuego**
- 65** **Fronδας y glebas**
- 67** **Canto del regreso**
- 71** **En el desierto. Idilio salvaje**
- 77** **Envío**

- 78 Remember**
- 79 Elegía**
- 84 La casita**
- 87 Tengo el presentimiento**

Prólogo

ARMANDO ADAME

Manuel José Othón nació en la ciudad de San Luis Potosí el 14 de junio de 1858, en plena Guerra de Reforma y en una familia del partido conservador; ahí mismo murió el 28 de noviembre de 1906. Como muchos jóvenes de la época que aspiraban a adquirir una formación humanística, después de la instrucción básica, Manuel José estudió un tiempo en el seminario y después ingresó al Instituto Científico y Literario de su ciudad natal, antecedente de la actual Universidad Autónoma. En ese lapso descubrió su vocación de escritor: hacer poemas y obras teatrales, y la consiguiente y apasionada inmersión en el mundillo literario; además se enamoró de Josefa Jiménez y Muro, así que sus estudios formales se prolongaron más de lo debido, hasta que la novia lo amenazó con terminar la relación si no concluía la carrera.

Desde entonces, y a lo largo de los cuarenta y ocho años y cinco meses que duró su vida, cambió como diez veces de residencia, viviendo principalmente en pueblos de su estado natal y en la Región Lagunera; visitando la Ciudad de México o Monterrey, trabajando en puestos públicos o como litigante, en busca de

buena fortuna, de buena compañía literaria, y porque prefería la vida del campo. Nunca alcanzó la fortuna, pero satisfizo su gusto con continuas y a veces largas excursiones por el bosque o la montaña, y con veladas donde se brindaba, se conversaba y se leían las obras más recientes de sus amigos escritores o de él mismo, alternando con intelectuales o políticos amantes de las letras y mecenas, a veces acompañado de su esposa, a veces solo y relatándole en sus cartas los lujos y el buen trato en que participaba mientras ella le recordaba las carencias que sufría.

Luis G. Urbina así lo retrata: “El poeta era un constante distraído. Se salía del mundo a cada paso, y, rascándose el bigotillo, íbase por los cerros de Ubedda de su fantasía. Cerros al fin, gustaba de andar por ellos. Era un maniático de la soledad del campo; un montaraz contemplativo. Una ciudad no lograba quitarle su costumbre ambulatoria, adquirida, desde la adolescencia, en excursiones de rancharo... Rico Manuel Othón de entusiasmo y de ingenuidad, los vertía, a chorro libre, en el curso de su existencia desordenada, candorosa y lírica. Allí donde él encontraba cualquier rasgo bello, cualquier revelación de arte, de sentimiento sincero, de originalidad y fantasía, allí su elogio era incontenible, a ratos desproporcionado por exceso de vibración nerviosa”.

Anhelaba ser un dramaturgo de éxito, el cual obtuvo una o dos veces con alguna de las doce obras que

escribió, pero no perduraron después de su muerte más que como referentes en su trayectoria; su obra narrativa, once relatos, aunque tampoco se lee actualmente, tiene un buen sitio en el corpus del género en el siglo XIX mexicano y merece conocerse; también dejó algunas crónicas y artículos.

Manuel José Othón publicó durante su vida cuatro libros de poemas: *Ensayos poéticos*, de 1875; *Poesías*, de 1880; *Nuevas poesía*, de 1883 y *Poemas rústicos*, de 1902. Dejó además numerosos textos sueltos y sin formar libro, escritos entre cada una de sus ediciones. Si sólo hubiera publicado los tres primeros, apenas sería un nombre en la nómina de poetas mexicanos, pues se trata de textos románticos, ya anacrónicos en su momento, que es el auge del modernismo.

El rasgo más característico del modernismo es una marcada influencia francesa, lo cual provocó el rechazo de autores como Othón, quien reivindicaba las tradición española y latina; aunque como hijo de su tiempo, nuestro poeta también tiene rasgos del modernismo junto a las influencias asumidas; a fin de cuentas, como dice José Emilio Pacheco, “no hay modernismo sino modernismos: los de cada poeta importante que comienza a escribir el lengua española entre 1880 1910” (*Antología del modernismo*, UNAM, 1970). En su obra también hay referencias a Dante Aligheri, pero la presencia de Cervantes y su Quijote es permanente, sobre todo en su prosa.

Othón debe su trascendencia al libro *Poemas rústicos*, en el cual puso todo su ser y elaboró una estética en torno a él, como se desprende de las páginas preliminares que tituló “Al lector”, de donde vale entresacar algunos conceptos: “el artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto; nada sentido o pensado a través de ajenos temperamentos, pues si tal hacemos ya no será nuestro espíritu quien hable y mentimos a los demás, engañándonos a nosotros mismos”; también asume con vehemencia un criterio estético aristocratizante: el arte no es para el vulgo, al menos que el gusto de éste ascienda, se refine.

La mayor parte de los poemas aquí seleccionados forman parte de *Poemas rústicos* dedicados “a la capital del estado de Jalisco, porque en ella están vinculadas las más hondas afecciones de mi alma, pues de sus hijos he recibido, hasta hoy, los pocos bienes y las únicas grandes satisfacciones que han alegrado mis días”; acaso la dedicatoria estuvo motivada porque su esposa era nativa de Guadalajara, tanto como el general Bernardo Reyes, gran amigo y mecenas del poeta.

Ramón López Velarde, quien lo admiraba, ha dicho: “Othón realizó el prodigio de vaciar las inquietudes del alma moderna en la serenidad imperturbable de los antiguos modelos. Si Góngora le hubiese conocido, le habría consagrado su devoción. En los sonetos lapidarios en que cantó las emociones salvajes

del desierto, se descubre al parnasiano que gusta del verso bravo y rotundo y al artista que padece los males del día, complicados como un capricho de Verlaine” (*Obras*, FCE, 1994).

Los primeros ocho de los catorce poemas aquí reunidos vienen de *Poemas rústicos*, en ellos, casi todos en versos de once sílabas y bajo la forma de sonetos, se reflejan las influencias que asumía y su amor por la naturaleza, al lado de su profunda religiosidad; de entre ellos “El himno de los bosques” le valió el ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

Los otros seis son posteriores, incluso su mejor texto, “En el desierto. Idilio salvaje”, fruto de una relación extramarital, donde refleja la intensidad de la pasión, su conciencia dolida por la culpa y la percepción de la decadencia física. Octavio Paz piensa en este poema cuando dice que “debajo de la forma y el lenguaje tradicionales, brilla el ojo fijo de una naturaleza que sólo se sacia aniquilando lo que ama y que no tiene otro objeto que consumirse consumiendo. Un sol de páramo quema las rocas del desierto, que no son sino las ruinas de su ser. La soledad humana es una de las rimas de la soledad plural de la naturaleza” (*Las peras del olmo*, Seix Barral, 97). Se trata de uno de los momentos más intensos de nuestra lírica.

También se incluyen “Canto del regreso”, donde dilucida con grandilocuente sinceridad su relación con el terruño y “Elegía a la memoria de don Rafael Ángel de

la Peña”, que leyó en la Academia, para lo cual hizo su último viaje a la capital, apenas pudo regresar a morir a San Luis; con justicia se dice que se trata de su propio elogio fúnebre. Están también dos breves textos de intensidad semejante a “En el desierto...”, “Remember” y “Tengo el presentimiento”, y “La casita”, una entrañable canción popular que la tradición y el registro de la propiedad intelectual atribuyen a Othón.

La lectura de la poesía de Manuel José Othón es una experiencia gratificante si estamos dispuestos a sumergirnos en un lenguaje tan rico y admirable como la naturaleza que le sirve de tema, si disfrutamos el ritmo de su escritura, cuidado hasta el esmero y si sabemos apreciar un testimonio conmovedor de la sensibilidad y los sentimientos de un hombre honesto.

Voz interna

En las noches tediosas y sombrías
buscan su nido en mi cerebro enfermo,
plegando el ala ensangrentada y rota,
mis antiguos recuerdos.

No vienen como alegres golondrinas
de la rústica iglesia a los aleros
trayendo de la rubia Primavera
las blandas brisas y los tibios besos.

Vienen, como los pájaros nocturnos,
a acurrucarse huraños y siniestros
de la musgosa tapia en las rüinas
o de la vieja torre entre los huecos.

¡Que vengan en buena hora, que no tarden!

¿Por qué no se apresuran? ¡Los espero!...

¡Hace ya tantos años que dormito!

¡Hace ya tanto tiempo!

El negro muro del hendido claustro,
aunque roto y abierto,

aún se mantiene en pie, y en las ojivas
del campanario viejo,

si no hay esquilas que a la misa llamen
al asomar el matinal lucero

o anuncien la oración al campesino

y la hora del regreso
a las muchachas de la azul cisterna,
al pastor y al vaquero;
si ya no hay campanitas que repiquen
del santo titular a los festejos,
hay oquedades hondas y sombrías
que abrigarán en sus oscuros senos
a las lechuzas pardas y siniestras
y a los pájaros negros...

Nostálgica

O! Ubi campi?

En estos días tristes y nublados
en que pesa la niebla sobre mi alma
cual una loza sepulcral, ¡ay! cómo
mis ojos se dilatan
tras esos limitados horizontes
que cierran las montañas,
queriendo penetrar otros espacios,
cual en un mar sin límites ni playas.
¡Pobre pájaro muerto por el frío!,
¿para qué abandonaste tus campañas,
tu cielo azul, tus fértiles praderas
y viniste a morir entre la escarcha?...

¡Oh, mi naturaleza azul y verde!,
¿dónde están tus profundas lontananzas
en que otros días engolfé mi vista,
anhelante de sombras y de ráfagas?
¿Dónde están tus arroyos bullidores,
tus negras y espantosas hondonadas
que poblaron mi espíritu de ensueños
o a los hondos abismos lo arrojaban?...

He de morir. Mas ¡ay! que no mi vida
se apague entre estas brumas. La tenaza
del odio, de la envidia el corvo diente
el venenoso aliento de las almas
por la corte oprimidas, aquí sólo
podránme dar, al fin de la jornada,
la desesperación más que la muerte,
¡y yo quiero la muerte triste y pálida!

Y allá en tus verdes bosques, madre mía,
bajo tu cielo azul, madre adorada,
podré morir al golpe de un peñasco
descuajado de la áspera montaña;
o derrumbarme desde la alta cima,
donde crecen los pinos, y las águilas
viendo de frente al sol labran el nido
y el corvo pico entre las grietas clavan,
hasta el fondo terrible de un barranco
donde me arrastren con furor tus aguas.
Quiero morir allá: que me triture
el cráneo un golpe de tus fuertes ramas
que, por el ronco viento retorcidas,
formen, al distenderse, ruda maza;
o bien, quiero sentir sobre mi pecho
de tus fieras los dientes y las garras,
madre naturaleza de los campos,
de cielo azul y espléndidas montañas.
Y si quieres que muera poco a poco,

tienes pantanos de aguas estancadas ...
¡Infiltrame en tus venas el mortífero
hálito pestilente de tus aguas!

El himno de los bosques

I

En este sosegado apartamiento
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
a la honda sima, con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de los antros brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
se pierden de la noche los rumores;
los mochuelos ocúltanse medrosos
en las ruinas, y exhalan los alcores

sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
la llanura despierta alborozada:
con su semblante pálido y risueño,
la vino a despertar la madrugada.

Del oriente los blancos resplandores
a aparecer comienzan; la cañada
suspira vagamente, el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil levanta al cielo
un prelude del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río;
gime el follaje temblador, colora,
la luz el monte, las campiñas dora,
y a lo lejos blanquea el caserío.

Y va creciendo el resplandor y crece
el concierto a la vez. Ya los rumores
y los rayos de luz hinchán el viento,
hacen temblar el éter, y parece
que en explosión de notas y colores
va a inundar a la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces, de los flancos de la sierra
bañada en luz, del robledal oscuro,
del espantoso acantilado muro
que el paso estrecho a la hondonada cierra;
de los profundos valles de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura a los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos, de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla o lo que canta,
una voz poderosa se levanta
de arpegios y sollozos y gemidos.

Mugen los bueyes que a los pastos llevan
silbando los vaqueros, mansamente
y perezosos van, y los abrevan
en el remanso de la azul corriente.
Y mientras de las cabras el ganado
remonta, despuntando los gramales,
torpes en el andar, los recentales

se quejan blanda y amorosamente
con un tierno balido entrecortado.
Abajo, entre la malla de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el papán y se oye en el sembrado
cuchichiar a las tímidas perdices.
Mezcla aquí sus rüidos y sus sones
todo lo que voz tiene: la corteza
que hincha la savia ya, crepitaciones,
su rumor misterioso la maleza
y el clarín de la selva sus canciones.
Y a lo lejos, muy lejos, cuando el viento,
que los maizales apacible orea,
sopla del septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
forman las campanitas de la aldea...
¡Es que también se alegra y alboroz
el viejo campanario! La mañana
con húmedas caricias lo remoza:
sostiene con amor la cruz cristiana
sobre su humilde cúpula; su velo,
para cubrirlo, tienden las neblinas,
como cendales que le presta el cielo
y en torno de la cruz las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chicas,
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas, los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas a plegar. Entre las frondas,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los sauces su lamento,
calla la voz de las cañadas hondas
y un vago y postrer hálito menea,
rozando apenas, las espigas blondas.

Entonces otros múltiples rumores
como un enjambre llegan a mi oído:
el chupamirto vibra entre las flores,
sobre el gélido estanque adormecido
zumba el escarabajo de colores,
en tanto la libélula, que rasa
la clara superficie de las ondas,
desflora los cristales tembladores
con sus alas finísimas de gasa.
El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que le sombrea,
corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña

y en el lago se hunde; la espadaña
se estremece a la orilla susurrando
y la garza morena se pasea
al son del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta, la campánula morada
se desarraiga de la roca enhiesta;
pero en la honda selva estremecida
no deja aún de palpar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
en el espacio rojo y encendido
se oye a los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido,
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña,
las ramas secas quiébranse al ligero
salto de las ardillas, su chasquido
a unirse va con el golpeo bronco

del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco
y las ondas armónicas desgarran,
con desacorde son, el chirriante
metálico estridor de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris; zumba la mosca,
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su córtalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecaado
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van y, al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crústula crujiendo.
En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sonos arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando, audaz, por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,

donde forman un himno, a toda orquesta,
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brotó la fuente en escondida gruta
con plácido rumor y, acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Ésta es la calma de los bosques: mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul y blanca y ondulante y leve
gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar: maldice, clama,
el bosque ruge y el torrente brama
y, de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado;
y al mirarle por tierra destruido,
expresión de su cólera sombría,

aterrador y lúgubre graznido
unen a la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra, en pos, peñascos y troncos
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,
su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje...

VII

Augusta ya la noche se avecina,
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento aún estremece la colina
y las espigas del trigal inclina,
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones

del peñascal; entre su quiebra oscura,
revuelto el manantial, ya no murmura,
salta, garrulador, a borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo. Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
a preludiar en el solemne coro...
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!
Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;
el sonrosado idilio de la aurora,
de estrofas cremesinas que el sol dora,
la égloga de la verde pastoría,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría...
Todo ese inmenso y continuado arpeggio,
estrofas de una lira soberana
y versos de un divino florilegio,

cual bandada de pájaros canora,
acude a guarecerse en la campana
de la rústica iglesia que, lejana,
se ve, sobre las lomas, descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el Angelus se eleva, condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colinas, valle y sierra;
y al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva a la divina altura,
del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡Salve, María!

Angelus domini

Rompe el alba el botón de la mañana
con sus dedos de niebla luminosa
y en el declive del alcor se posa
una nube de aérea porcelana.

Abajo se despierta la sabana,
el valle tiembla, yérguese la rosa,
canta el madrugador y rumorosa
ríe, cuchicheando, la fontana.

Desde el redil hasta la loma albean,
como el granizo, los corderos blancos
que entre riscos y zarzas juguetean.
Y, de la cima oriente por los flancos,
ríos de luz descienden y chorrean,
hasta petrificarse en los barrancos.

*

Estalla el seno de la nube y brota
en explosión de nítida blanca,
un querubín, en cuya frente pura
el lucero gentil palpita y flota.

¡Astro de inmensa luz! Como una gota
del mar del éter, inmortal fulgura,
derramando torrentes de ventura
que funde el universo en una nota.

¡La nota del amor!... Los aires hiende,
por todos los espacios se dilata
y hasta el empíreo su clamor extiende.

El ángel tañe su clarín de plata
y el sol, que nace, a sus espaldas prende
una clámide regia de escarlata.

II

En la cimera del volcán descuella
un rojo airón que a intervalos se esconde
so la flagrante horadación por donde
el pulmón de los cíclopes resuella.

Del sol canicular una centella
hiere a la ardiente boca que responde
la destrucción encaminando a donde
el monstruo imprime su abrasante huella.

De la montaña al pie duerme la costa,
baten las olas los cantiles rojos,

su nido el cuervo entre peñascos labra.
Y el fuego de los trópicos agosta
el llano en que despuntan los rastros
la res bermeja y la salvaje cabra.

*

El espacio es un mar de fuego y oro
y de sus ondas surge de repente
arcángel poderoso, cuya frente
reverbera como ígneo meteoro.

Tiende las alas, con fragor sonoro,
chispea su mirada refulgente
y a su voz, como trueno de torrente,
cantan todos los ángeles en coro.

¡Oh salmo de las fuerzas, soberana
voz que el clamor universal encierra
y vibra por los ámbitos profundos,

como el gigante son de una campana
fundida en las entrañas de la tierra
o forjada en los yunques de los mundos!

III

Sobre el tranquilo lago, occiduo el día,
flota impalpable y misteriosa bruma
y a lo lejos vaguísima se esfuma,
profundamente azul la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía
desfallece la luz. Tiembla la espuma
sobre las ondas de zafir, y ahúma
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava
la tarda yunta el surco postrimero.
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero,
y a media voz, la golondrina acaba
su gárrulo trinar, bajo el alero.

Ondulante y azul, trémulo y vago,
el ángel de la noche se avecina,
del crepúsculo envuelto en la neblina
y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago
los pliegues de su túnica divina

se extienden sobre el valle y la colina,
para librarlos del nocturno estrago.
Su voz tristezas y consuelos vierte.
Humedecen sus ojos de zafiro
auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro
y al llegar a la altura, se convierte
en oración, y lágrima, y suspiro.

Noche rústica de Walpurgis

I. Invitación al poeta

Coge la lira de oro y abandona
el tabardo, descázate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
a esta región que asombra y que consuela,
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable a ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche . . .
Sube al agrío peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II. Intempesta nox

Media noche. Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente

que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
semejan al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el vapor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas.

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti: que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.

III. El harpa

Hay en medio del rústico bosque
un tronco retorcido y corpulento;
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como a través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan, cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo!, no hay cantores
que a tus himnos respondan, ni hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV. El bosque

Bajo las frondas trémulas e inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fui de druidas. Los ascetas,
en mis troncos de crústula rugada,
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta las cúpulas del cielo.

V. El ruiseñor

Oíd la campanita, cómo suena,
el toque del clarín, cómo arrebatada,
las quejas en que el viento se desata
y del agua el rodar sobre el arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido a Flora ingrata,
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz, y, entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando Jesús agonizó en el huerto.

VI. El río

Triscad ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones,
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en jirones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII. Las estrellas

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde la soledad del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que se alzan y estremecen,
son el más grande asombrador portentoso:
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza
las ideas en ígnea llamarada
fulguran sin cesar, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza...
Los astros son materia... ¡casi nada!
¡Y las humanas frentes son estrellas!

VIII. El grillo

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?

Luces, flores, perfumes, armonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando
cabe la triste moribunda hoguera
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión, en la llama postrimera,
el recuerdo, en el último rescoldo.

IX. Los fuegos fatuos

Bajo los melancólicos saúces
que sombrean el fétido pantano

y en la desolación del muerto llano
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,
terror del habitante rusticano:
misteriosos engendros de lo arcano
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro
sobre la infecta corrupción, ileso
fulguró nuestro ser cual a un conjuro.

Que no existe lo estéril ni lo inerte
si Pan lo toca, y al brotar un beso
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

X. Los muertos

¡Piedad!, ¡misericordia!... Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay!, por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyerais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintierais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía...
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el claro día!

XI. Las aves nocturnas

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavura
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir a los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra oscura
y con la garra ensangrentada y dura
a darles muerte y a asolar sus nidos!

¡A lanzar tan horrísonos acentos,
desde la cruz del viejo campanario,
que el valor más indómito se quiebre!

¡A remedar terríficos lamentos,
de dientes estridor, crujir de osario
y espasmódicos gritos de la fiebre!...

XII. Intermezzo

Vamos al aquelarre. En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan a los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando sin Dios y sin María,
présagos de catástrofes y muertes...
Pienso que el cielo llora ¿no lo adviertes?
Venus es una lágrima muy fría.

Tras nahuales y brujas el coyote
ulula clamoroso, y aletea,
sobre el negro peñón, el tecolote.

La lechuza silbando horrorizante
se junta a la fatídica ralea
¡y el Vaquero Marcial llega triunfante!

XIII. Las brujas

—Todas las noches me convierto en cabra
para servir a mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.

¿Ves? Traigo un niño ensangrentado y vivo
para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo oscuro,
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo a los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIV. Los nahuales

¡Sus, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre a ti llega
de los hombres la voz que te provoca.

¡Por dondequiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también. Ya en ronda ciega
el coro de las brujas se despliega
de ti en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo...

¡Oh, representación de los mortales!
mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XV. El gallo

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento,
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana,
y yo, con alegrísimo sonido,
entonaré la jubilosa diana.

XVI. La campana

¿Qué te dice mi voz a la primera
luz auroral? “La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera.”

Y de la tarde en la hora postrimera:
“Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar...” Y siempre te convida
mi acento a la oración en donde quiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,
plaño a los muertos con el triste y hondo
son de sollozo en que mi duelo exployo.

Y, al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVII. La montaña

El encinar solloza. La hondonada
que raja el monte, es una boca ingente
por donde grita el bramador torrente
de furiosa melena desgredada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
roca, como una cuerda, intensamente,
que en sus moles quedó perpetuamente
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
las voces ¡oh poeta! Clama el oro:
“¡Vive y goza, mortal!” El hierro: “¡Lucha!”

Mas oye, al par, sobre la altura inmensa,
cantar en almo y perdurable coro
a las agudas cumbres: “¡Ora y piensa!”

XVIII. Un tiro

Duda mortal del alma se apodera
al oír en las noches la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin a la existencia humana,
o el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañés sobre la fiera?

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar al alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar o defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XIX. El perro

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te dirá: Despierta,
huyeron ya las sombras enemigas.
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerte.

Y, si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré. ¡Descansa y duerme!

XX. La sementera

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera

esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá otoño que en mieses exuberaba
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
a tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo oprimidos
de tu vencida carne los despojos
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XXI. Lumen!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va a empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo vagamente se colora
de virginal blancura inmaculada
y hace en el firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslía,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo
y todo juguetea, y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XXII. Adiós al poeta

¡Santa Naturaleza, madre mía!
Me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría,
mi sueño celestial quedó suspenso...
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte,
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, a la clínica, al Senado;
yo a vegetar tranquilo y olvidado
en el rincón oscuro de mi aldea.

Poema de vida

CANTO PRIMERO

Idilio

I

Es la suprema floración del año.
Ya la niebla no oculta los bohíos
y los nidos del bosque, ayer vacíos,
están llenos de pájaros ogaño.

Los vernaes deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
desbaratóse el gélido turbante
que el invierno formó con sus neblinas

y, sobre el cielo azul, cuando atardece,
la sarta de las grullas desaparece
y flotan las primeras golondrinas.

II

Estremécese el aura tremulenta
y la tierra, a los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor a más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y, empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

III

En los collados y en la selva inculta
del maternal amor se muestra el celo:
oye el ave el reclamo, deja el cielo
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta
se siente el ensayar del primer vuelo,

y en el pico de rosa del polluelo
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja
la cría por las quiebras del camino
y, al blando son de la amorosa queja,

tiembla, cual amapola sobre el lino,
la roja lengüecilla de la oveja
del cordero en el blanco vellocino.

CANTO SEGUNDO

Epitalamio

I

Resplandece la bóveda infinita
con el fuego abrasante del verano
y, en la inmensa extensión, el soberano
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,
todo lo enciende: al hongo en el pantano,
al ave y al cuadrúpedo en el llano
y en el huerto a la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes
el apio y la silvestre madreSelva
y el laurel odorífero retoña.

Y, al balar de los hatos trashumantes,
en lo más escondido de la selva
tañe Pan su dulcísima zampoña.

II

Son las bodas campestres de las flores.
Al beso del amor, antes latente,
estremece sus ondas el ambiente,
írguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores
en el polen de oro refulgente
y al par le lleva en su regazo ardiente
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh, céfiro!, ¡oh, abeja!, ¡oh, mariposa!,
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera
vuestra llegada la naciente rosa!

Posad sobre su cáliz que el deseo
desflora, mientras canta primavera
los eróticos cantos de Himeneo.

III

Todo, al soplar las brisas tropicales,
mueve la sangre y todo a amar provoca.

Naturaleza entera es una boca
donde palpitan besos inmortales.

Requíébranse en la rama los turpiales,
lanzando su canción alegre y loca
y, en la cortante arista de la roca,
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
es el aire, del tigre la espelunca,
del triscador ganado las colinas...

Nada tu fuerza poderosa trunca,
pues, renaciendo tú de las rüinas,
¡oh, fecundante Amor, no mueres nunca!

CANTO TERCERO

Elegía

I

En la intrincada senda, y en el rojo
peñón, y en la monótona llanura,
no queda ya ni un resto de verdura,
ni una brizna de hierba, ni un abrojo.

Tan sólo cuelga su último despojo
la seca hiedra, de la tapia oscura,

bajo la cual el ábrego murmura
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría
y una desolación abrumadora
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora
del declinar tristísimo del día,
la parda grulla en el erial crotora.

II

¡Qué tristeza tan onda en el paisaje!
Del norte frío al destructor aliento
suspendióse en el campo el movimiento
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,
no se escucha un murmurio ni un acento
y apenas, junto al lago tremulento,
se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones do Aquilón desata
su furia y con fragor se precipita,
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

mientras inmensamente se dilata
desesperante, trágica, infinita,
la sepulcral blancura de la nieve.

III

Si tan helada soledad impera
en el mar, en la tierra y en el cielo,
si ya no corre el límpido arroyuelo
ni se mece el rosal en la pradera,

¡ah! no pensemos que la vida muera:
amortajada con su blanco velo,
bajo la opaca crústula del hielo
una inmortal resurrección espera.

Mas ¿quién puede escuchar las misteriosas
voces que eleva el místico murmullo
el más oculto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,
la crisálida envuelta en su capullo,
la célula y el grano... ¡todos duermen!

Salmo del fuego

Noche muy negra. Un paso: la cañada
defendida por ásperos pretiles.
Abajo, la planada;
arriba, envuelto entre la sombra helada,
el enorme talud de los cantiles.
Ni follaje, ni abrigo que proteja
al viajero perdido en la negrura;
que hace cientos de años, tal vez miles,
bajaron, irruyendo la llanura,
los árboles cerriles.

Ni un hueco entre las rocas que no yerme
el frío boreal, y hay un reposo
en las cosas, tan lóbrego y medroso,
que hasta el silencio duerme.
Y a medida que avanza
la noche y crece el frío,
más se hunde la mirada en el vacío
de una entenebrecida lontananza.

Nunca, como ateridos y agobiados,
en la noche cerrada inmensamente,
sin un solo eco que a la voz responda
y en medio de los páramos, se siente

desolación tan honda.
A través de la rígida maleza
se encoge el corazón, se hunde la frente
y se ahoga el espíritu doliente,
náufrago entre la noche y la tristeza.

Mas, cuando ya cansado
continúa el viajero
remontando el sendero
tan dolorosamente prolongado,
ciego, desesperado,
por la montaña dura
y sólo abandonándose al instinto
de la cabalgadura;
cuando la carne punzan y desgarran
cactus y espinos por la escarcha tiosos
y la helada brutal sus estiletos
sibilante y sutil hinca en los huesos;
si entonces aparece de improviso
allá, sobre la negra cordillera,
el rojo pincelazo de una hoguera,
cuya luz junta, como ardiente broche,
el velo del abismo al de la noche...
¡oh, qué explosión de calma
tan misericordiosa!
¡Cómo el anhelo en esa luz reposa
y qué inmensa alegría para el alma!

El camino aún es largo
y la luz aún incierta resplandece,
pero se ensancha el ánimo y parece
que la sombra sacude su letargo.
La distancia decrece,
y aunque la cuesta bronca y empinada
está resbaladiza por la helada,
el recio casco en el peñón se aferra,
cuando surge la roja llamarada
en un brusco repliegue de la sierra.

Ya en la cuenca del monte
por la piadosa hoguera calentada,
se columbra el albergue rocalloso
donde ha encontrado el montañés reposo,
como si fuese el amo de la tierra.
Se destacan al pie de los cantiles,
do crepitan, ardiendo, los tizones,
de piedras y troncones
los trémulos perfiles,
y en las venas se siente
la sangre circular a borbotones,
aceleradamente.

Un paso más. La inmensa lontananza
tuvo límite al fin ¡y Dios es bueno!
Ha entrado ya el espíritu en el pleno
triunfo de la esperanza.

El fatigado espíritu se alivia
y un sopor de los miembros se apodera.
¡Qué caricia tan tibia
la de esa alegre y coruscante hoguera!
¿Qué descanso, qué sueño
más dulce y regalado
que el de ese montañés que duerme al lado,
la cabeza rendida sobre un leño
y el pabellón del cielo por techado? ...
En él y cerca de él ¡oh caminante!
sin que ahora sospeche tu compañía,
tienes para tus penas un amigo,
en ese fuego salvador abrigo
y un inmenso palacio: la montaña.

A descansar. ¡Qué blando
es el lecho de tierra endurecida;
qué abandono tan grato de la vida,
qué desprecio del “no durable mando”!

Calma. Silencio. En derredor, penumbra.
Fuera del cerco que la llama alumbraba
y que el calor defiende,
el frío, un frío cortador que hiende
la corteza durísima del roble
reseco ya, pero en la cumbre inmóvil.
Y en tanto que se extiende
por la callada bóveda del cielo

adamantino velo,
y vibra sobre aquellas
soledades que inunda
azul, azul diafanidad profunda,
el divino temblor de las estrellas,
parece que del fondo
de todas las tinieblas y las simas
se eleva hasta las cumbres misteriosas,
donde llamea ignipotentemente
la eterna zarza ardiente,
el gran clamor del alma de las cosas.

*

Pasa la noche. Ya la madrugada
fortalecido encuentra al caminante
que a emprender se apercibe la jornada
por llanuras y montes, siempre errante.
Mas al dejar el cálido rescoldo,
el sol, glorioso y santo,
desde su augusta excelsitud le envuelve
en su llama inmortal como en un manto;
y desde el más profundo
abismo del dolor y la congoja,
el hombre se sublima, a Dios alaba
y exúltase en un canto, como arroja
su onda el torrente o el volcán su lava:

“Señor, divino fuego,
tú eres misericordia, yo soy ruego.

“De inextinguible luz eterno faro,
yo soy desolación, tú eres amparo.

“Porque en la sombra del misterio brillas,
la creación te canta de rodillas.

“Porque a la urente llama
diste poder de confortar al hombre,
mi corazón te ama
y besa hasta las letras de tu nombre.

“Porque en la soledad prestas abrigo,
y calor, y consuelo, te bendigo;
y porque hiciste el sol de fuego y oro
¡oh, Señor! yo te adoro.

“Yo te adoro, Señor. Débil y triste
soy, pero no si tu poder me asiste.
Para luchar con épico ardimiento,
hay que fortalecer en tu alabanza
lo mismo el corazón que el pensamiento.
¡No se llega a las cimas sin aliento
ni a ti sin esperanza!”

Fronδας y glebas

A Clearco Meonio

I

Orillas del Papaloapan

Adivino los fértiles parajes
que baña el río, y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzado en trémulos encajes;

la basílica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega
en túmidos e hirvientes oleajes.

Cerca de ahí cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
reposo tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fue de Pan, en tu sagrada mano.

II

Una estepa del Nazas

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente,
y, al ras del horizonte, el sol poniente
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color, aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

Canto del regreso

Como los gestadores que en román paladino
cantaron y fablaron nuestro idioma divino,
el espíritu en alto, humilde la cabeza,
vengo a trovar ahora, y mi canción empieza:
“En el nome del Padre que fizo toda cosa
et de Don Jesu Christo, Fijo de la Gloriosa”.

Torno a mis viejos lares. Yo soy un peregrino
que ha muchos años busco la tierra prometida;
en mis pies se han clavado las piedras del camino
y en mi alma todas, todas las zarzas de la vida.

Vuelvo a mi antigua tienda. Soy un soldado rudo
herido en el combate. Traigo roto el escudo,
despedazada traigo la loriga, y el casco
hendido por las flechas, la maza y el peñasco;
pero mantengo firme, y aunque mellado, entero,
el que a vencer me ayuda batallador acero.

Ya de los nebulosos países del ensueño
torno, a do me llevara esta ansia eterna mía,
y donde hallé tan sólo, de piedra el torvo ceño,
la esfinge a quien interrogaba y no respondía.

Pero los viejos lares y la vetusta tienda
por quienes suspiraba en la infinita senda
que recorrí cayendo y alzándome a las veces,
están en pie. ¡Benditos hogares cuyas puertas,
a mi cansado espíritu de par en par abiertas
me invitan al reposo, devuélvenme con creces
fuerza para que surjan mis fuerzas más altivas,
savia que reverdezcan mis ilusiones muertas
¡y luz para que luzcan mis esperanzas vivas!

Peregrino, soldado, soñador, hoy regreso
a apoyar un instante mi frente en las raíces
de los paternos troncos; a demandar un beso
vernáculo que ablande mis duras cicatrices,
y a llenar mis alforjas, de ensueños ya vacías,
siquiera con un poco, con un poco siquiera
de pasada ventura, de perdida quimera,
que hagan brotar del árbol de las ramas sombrías
en flores otoñales las ilusiones mías.

Ya aliento con las brisas del valle potosino;
me desvisto la túnica de mi profunda pena,
yo que he tenido y tengo, como el gran florentino,
la infinita tristeza y el amargo destino
de subir los peldaños de la escalera ajena.

Ya estoy aquí. Depongo mi báculo de viaje;
cabe el fogón, me siento junto a todos los míos...

La heredad. ¡Qué amorosa! ¡Qué divino el paisaje!
¡Qué bienestar inmenso bajo el verde frondaje
regado eternamente por los paternos ríos!

Reconozco los sitios por mi amor consagrados
y ungidos de recuerdos..., ¡ay! todos se levantan;
cual coro de oceánidas las memorias me cantan
la canción misteriosa de los sueños pasados.
Vuelvo a incrustar mis ojos en esos horizontes
bajo los que se erizan las selvas y los montes,
se tiñen de violeta las lejanas campañas
y esplende la turquesa del cielo y las montañas
que en los tiempos ya idos, y cuando Dios quería,
impregnaron mi alma de azul y poesía.

Cuando partí dejando desamparado el nido
que formé con jirones de mi propia existencia,
en cada piedra, en cada rincón dejé escondido
un recuerdo, que es carne de mi carne y esencia
ardiente de mi sangre. Pues bien: aquí he venido
a hurgar como en el hondo antro de una conciencia
y exhumar el cadáver de ese muerto querido,
que nació de mis nupcias con mi mortal dolencia.

A recoger hoy vengo las sagradas memorias
con que ungiré de nuevo mis moribundas glorias;
ramos marchitos verdecen y de otras flores
sembraré el encantado huerto de mis amores;

coronaré con ellas vuestras frentes divinas,
doncellas o matronas, excelsas potosinas.
Y a vosotros, en cambio de vuestra gentileza,
el espíritu en alto, erguida la cabeza,
os dejo para siempre mi cariño de hermano;
os doy, lleno de orgullo, el alma con la mano.

Sigo otra vez el viaje por mis sendas perdidas,
pero ya confortado. Mas antes del regreso,
con augusta tristeza también dejaré un beso
o una flor en la losa de las tumbas queridas.

Torno a bregar y vuelvo a emprender mi camino;
pero viril y fuerte, sin temor al destino.
Para la nueva lucha y la nueva jornada
me habéis dado otro báculo,
me habéis dado otra espada.

Aquí os dejo la lira de mis viejas canciones:
guardádmela, que aun tienen sonidos sus bordones.
Y, pues, ya se ha colmado el ingente deseo
que abrasaba mi espíritu ;*Gloria in excelsis Deo!*

En el desierto. Idilio salvaje

A fuerza de pensar en tus historias
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro,
que me apropio al narrar, algunas veces,
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fue mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aún del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu ciprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente
do se incrustan las águilas serenas
como clavos que se hundan lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante brisa que asesina,
irgues tu talla escultural y fina
como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opreso,
canta como una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos,
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanura amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de océano muerto,
y en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza, avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto,
y en nuestros desgarrados corazones
¡el desierto, el desierto... y el desierto!

VI

¡Es mi adiós...! Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones ¿qué me espera?...
—ya apenas veo tu arrastrante falda—
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruído
mi corazón, y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aún te columbro, y ya olvidé tu frente;
sólo, ¡ay!, tu espalda miro cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

Envío

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma y ¡qué descenso!
¡Qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia
y que horrible disgusto de mí mismo!

Remember

Señor, ¿para qué hiciste la memoria,
la más tremenda de las obras tuyas?...
Mátala por piedad, aunque destruyas
¡el pasado y la historia!...

Elegía

A la memoria del maestro

D. Rafael Ángel de la Peña

De mis oscuras soledades vengo
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.

Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los bosques ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda.

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.

Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente;

Y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Diálogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,

en que el genio beatífico reposa
a la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;

trono para cubrir los pedestales
que el cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales...

De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia
y al bien y a la verdad aparejado,

como cuando cruzó por la existencia
en su envoltura terrenal, que ahora
trasciende aún, cual ánfora de esencia,

el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano
que el paso de los tiempos avalora.

Empuñó libro y lábaro su mano;
creyente, sabio, artista. Fue en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.

En su alba cabellera florecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,

y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas a alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosque viejos.

Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido
como un jirón de agonizante albura,

y de ardiente aureola circüido,
en puridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.

Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.

Fue el varón fortunado de alta frente,
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora y fermentida gente;

que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando, con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,

y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno...

Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;

y al fin en el amor los ojos cierra;
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?...

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurrección despierte,

verá que se irgue, al lado de su fosa,
de héroes, santos y reyes gestadores
la no muerta falange luminosa.

Coronistas, poetas y doctores
departirán contigo en la divina
faba, de que sois únicos señores ...

¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,

y nunca morirá, mientras aliente
un cerebro que piense en lo que vuela
y un corazón que sufra en lo que siente.

¡Cuánto envidio a los muertos cuya estela
marca en los mares el camino luengo
que dejara su nave de áurea vela!

Y con esas envidias que yo tengo,
abandono el rumor de las ciudades.
De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis obscuras soledades.

México, D. F. 24 de octubre de 1906

La casita

¿Que de dónde, amiga, vengo?
De una casita que tengo
más abajo del trigal.

Una casita chiquita
para una mujer bonita
que me quiera acompañar.
En el frente hay unas parras
donde cantan las cigarras
y se hace polvito el sol.
Un portal hay en el frente,
en el jardín una fuente
y en la fuente un caracol.

Yedras la tienen cubierta
y un jazmín hay en la huerta
que las bardas ya cubrió.
En el portal una hamaca,
en el corral una vaca,
y adentro mi perro y yo.
Bajo un ramo que la tupe
la Virgen de Guadalupe
está en la sala, al entrar;
ella me cuida si duermo,

me vela si estoy enfermo
y me ayuda a cosechar.

Más adentro está la cama,
muy olorosa a retama,
limpiécita como usted.
Tengo también un armario,
un espejo y un canario
que en la feria me merqué.
Pues con todo y que es bonita,
que es muy linda mi casita,
siento al verla no sé qué...
Me he metido en la cabeza
que hay allí mucha tristeza,
creo que porque falta usted.

Me hace falta ahí una cosa,
muy chiquita y muy graciosa,
más o menos como usted;
pa' que le cante al canario,
eche ropa en el armario
y aprenda lo que yo sé.
Si usted quiere la convido
pa' que visite ese nido
que hay abajo del trigal,
le echo la silla a Lucero
y él nos llevará ligero
hasta en medio del corral.

Y si la noche nos coge
y hay tormenta que nos moje
tenga usted confianza en Dios,
que en casa chica y extraña
no nos faltará una maña
pa' vivir allí los dos.
Y si la casa le gusta,
y si al año no se asusta,
con la bendición de Dios
para colmo de delicias
repartirá sus caricias
a un chamaco, al perro y yo.

Tengo el presentimiento

(Poema que dejó inconcluso días antes de morir)

Tengo el presentimiento de la muerte,
no me aterra, Señor, ni me confunde;
el alma vuela cuando el cuerpo se hunde,
para alzarse mi espíritu está fuerte.

He de caer, desplómese la inerte
materia vil en que mi ser se funde,
sólo quiero Señor, satisfacerte
mas al sentir la ola que me hunde...



**Manuel
José Othón**

se terminó de editar en abril de 2018 en
las oficinas de la Editorial Universitaria,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación